

Luego, — y aquí comienza mi falta, falta cuya parte mas pesada debeis asumirla vos, — he buscado fuera lo que me era imposible encontrar en mi casa: estando perdida la dicha para siempre, he perseguido la ilusion de ella.

Esta ilusion, la he perseguido con fiebre, con delirio. Y así como todas las ilusiones ópticas, cuanto mas la perseguia corriendo hácia ella, tanto mas huía. — En esa caza ardiente y peligrosa, he perdido todo, mi energia física y moral, mis nervios y mi sangre, mi corazón y mi cerebro, mi fortuna y mi honor. Nada teneis que envidiarme, Hortensia. Soy hoy tan miserable, tan envilecido como vos misma. Podemos mirarnos con la frente alta. Ninguno de nosotros tendrá que avergonzarse del otro, así como dos presidiarios del mismo presidio, sujetos uno á otro por la misma cadena.

La tristeza, una tristeza mústia é incurable, habia reemplazado á la cólera. Sentado en un sillón con los brazos caídos, el conde parecia seguir con el ojo á través del espacio la vision de la dicha desaparecida.

— ¿Por qué, dijo madama de Puysaie con voz baja y temblorosa, hacer á una pobre niña inocente responsable de vuestras faltas? La ruina nos amenaza, decís, — ¿qué importa? La ruina, ¿no es ya la expiacion? ¡Oh! teneis razon, Loredano, yo soy la principal, yo la sola culpable, ¡y si supierais cuánto lo soy! mas aun que vos lo creéis. Mirad, todo el desprecio con que podreis abrumarme será siempre muy inferior al que me inspiro á mí misma. Seamos animosos y confiemos en Dios. Suframos sin queja y sin flaqueza la suerte que por culpa comun nuestra estamos experimentando. Teneis deudas, las pagaremos, aunque debiese yo vender mi último diamante, y trabajar con mis manos para vivir. Lavemos el pasado. No quiero conservar de él mas que un recuerdo, el de mi falta y el de las desgracias que ha causado. Las tendré ante mis ojos, así como la memoria de vuestra clemencia.

Esa clemencia, no la imploro en mi favor, me reconozco indigna de ella; para vos mismo, para vos, que sabreis un día... cuando yo haya muerto... el secreto horrible y verdadero de mi vida. Tal vez entonces os arrepentireis de una resolucion tomada con sobrada precipitacion, y la desgracia de Cipriana será para vos un cruel remordimiento.

— ¿Pero por qué no me decís todo hoy mismo? exclamó el conde de Puysaie desesperado. ¿Qué tiene de horrible vuestra confesion, para que pueda exceder en infamia á la falta de que yo os acuso?

— Por gracia, no me preguntéis mas, Loredano. No puedo ni debo, bajo pena de causar una inmensa desgracia de que me creeria responsable, revelaros mas. ¡Ay de mí! mi conciencia se pliega ya bajo una carga demasiado pesada para que pueda soportar un nuevo peso. Sabed solamente, ¡oh, sabedlo, creedlo! que Cipriana es verdaderamente vuestra hija, y que es menester amarla, protegerla, defenderla como tal.

Tened fé en mi palabra mas bien que en las apariencias engañosas de esas cartas. Prueban mi falta, pero aunque la probasen aun menos claramente, yo no vacilaria en confesarla en la humildad absoluta de mi remordimiento;

pero no prueban, no podrian probar mas, y en mi lecho de agonía, os gritaré todavía: ¡Loredano, maldecidme! pero amad, protegéd á Cipriana; Cipriana es vuestra hija.

— Os creo pues, señora, respondió el conde. Pero ya que encontráis inútil y peligroso darme todas las luces que podrian dirigir mi conducta, permitid que haga recaer sobre vos toda la responsabilidad delante de Dios. Conocéis nuestra situacion. En mi alma y conciencia, el casamiento de Cipriana es nuestra sola áncora de salvacion. Si, no obstante, creéis mas fuertes las razones secretas que os impulsan, — obrad. — Cipriana debe darme mañana la respuesta que necesito transmitir á M. Matifay. Dictádsela. — Cualquiera que sea, será respetada.

Madama de Puysaie quiso apoderarse de la mano de su marido para besársela. — Él la retiró vivamente.

— Adios, dijo, dejadme. Estoy cansado de obrar, cansado de querer, cansado de vivir. No me debeis reconocimiento, pues no cedo por clemencia sino por cansancio.

— ¡Oh! ¡Dios mio!... exclamó madama de Puysaie saliendo, ¡sed bendecido... Cipriana se ha salvado!

XVII

EL TIRANÓ DESCONOCIDO.

La pobre mujer habia cumplido felizmente la primera parte de su tarea. Pero un nuevo obstáculo, insuperable este, se elevó casi en seguida, bajo la forma del coronel Fritz.

Abotonado de arriba á abajo, con los labios apretados, las cejas fruncidas, esperaba con impaciencia, en el salón de entrada, el fin de una conversacion cuyo misterio tardó poco tiempo en sospechar.

Cuando vió á la señora de Puysaie, — radiante aun con esa alegría inefable inherente á todo sacrificio de lo que se ama, — adivinó que su partida oscura estaba, si no enteramente perdida, al menos muy comprometida, y que no podia levantarla sino con un golpe de audacia.

« ¡Vencer ó morir! tal era la divisa de ese terrible agiotista de almas. — Ser arrojado vergonzosamente como un lacayo del palacio de Puysaie ó gobernar en él como amo, tal era la alternativa que aventuraba audazmente, sobre una contingencia única: la firmeza ó la debilidad de la señora de Puysaie.

Se dirigió hácia ella con aire automático.

— Hortensia, dijo con voz breve, tengo que hablaros.

Al oírse llamar así y en este tono, la condesa se estremeció y levantó la cabeza como un caballo á quien un espolazo hace encabritarse. Pero, por fieramente indignada que fuera su mirada, fué necesario que la bajase ante el brillo glacial que brotaba de los ojos del coronel.

Un encarnado ardiente invadió sus mejillas y con voz suplicante murmuró:

— ¿Qué quereis hacer de mí?

Se sentia desfallecer.

El coronel se lanzó hácia ella, y con su brazo encorvado la sostuvo, y, colocando por sí mismo el de la señora de Puysaie debajo del suyo, con una sonrisa en los labios y con el aire desenvuelto de gentes que hablan en buena amistad:

— Vais á saberlo, señora.

La arrastró mas bien que no la condujo hácia el salón de confianza reservado á ella sola. Entró en él mas muerta que viva y se dejó caer en un sillón.

Él la siguió y se aseguró bien de que todas las puertas estaban cerradas, y cruzándose los brazos:

— Escuchad, dijo: quiero que nuestra hija sea rica.

— ¡Nuestra hija!

— Sí, señora: *nuestra*. En vano habeis roto todos los lazos que existian entre ella y yo. En vano me la habeis hurtado, robado; yo la volveré á encontrar un día, estad segura de ello, aunque debiese yo registrar todos los establecimientos de educacion de Paris. Pero mientras llegue ese día trabajo para ella, y no toleraré que sea despojada en favor de su hermana la señorita Cipriana de Puysaie.

— ¡Su hermana! exclamó la condesa; vos sabeis bien que no lo es.

— Lo es por vuestra parte, al menos, replicó friamente el coronel, y bajo este concepto, tiene derecho á la mitad de la herencia materna. Por otra parte, no ignoráis mas que yo que la informacion acerca de la paternidad está prohibida. Todas las precauciones que habeis tomado para impedir la reclamar en su día su nombre legal son ilusorias, os lo advierto. Yo las he tomado contrarias, que las destruyen. Tengo un certificado del doctor Toion, que ha asistido al nacimiento de Lillias, y el testimonio de los esposos Gosse, que la han educado. Nada mas fácil que establecer su identidad.

— Pero ¿qué quereis? ¿qué exigís?

— Que me ayudeis á evitar un escándalo, no obligándome á defender por medios violentos á nuestra hija, sacrificada por vos á escrupulos fuera de razon.

La condesa quiso todavía reclamar. La frialdad imperturbable del coronel detuvo toda exclamacion en sus labios.

— Escuchad, continuó. Estoy viendo que nosotros entendemos el amor paternal de una manera absolutamente diferente. No sé si conocéis la historia de cierta palomita muy avisada. Esta tiene por costumbre depositar sus huevos en el nido de alguna otra especie de pájaro, de una malviz ó de un ruiseñor, por ejemplo; pero no por eso abandona su progenitura. Posada en una rama de algun árbol inmediato, vigila cuidadosamente su nacimiento y su crecimiento. Poco á poco el animal, segun va creciendo, se hace voraz. Necesita para su existencia no solamente de la parte que sus padres adoptivos le destinan, sino todas las demas. Entonces, su familia verdadera le ayuda á su vez, y á picotazos y á aletazos, como ella puede, arroja fuera del nido al suelo, donde queda reventada, la nidada del ruiseñor ó de la cur-

ruca. Encontrareis bueno, señora, que yo siga un ejemplo que me es dado tan á propósito por la naturaleza; y os creo demasiado inteligente para hacer os la injuria de explicar de una manera mas detallada una fábula omitida por La Fontaine.

— En efecto, dijo amargamente madama de Puysaie, habeis comenzado valientemente vuestra obra, abusando de las cartas confiadas á vuestro honor, escritas á vos mismo al nacer Lillias, y habeis hecho sospechosa á Cipriana cerca de su padre. ¡Hoy ella pasa por ser la hija del crimen!... ¡Oh! poseéis el genio infernal de la intriga, y si La Fontaine ha olvidado vuestro apólogo, ¡Molière al menos no os ha olvidado á vos! Pero ¿no teméis que á fuerza de atormentarla llegue á gritar vuestra víctima? ¿que á fuerza de sufrir las exigencias de vuestra complicidad, no llegue á arrancarse de ella?... ¿Si yo contase, en fin, todo á mi marido?...

El coronel meneó la cabeza con una sonrisa infernal llena de malicia é ironía.

— No lo temo; ademas, os prevengo que si lo hiciérais pondriais á M. de Puysaie en el peligro mayor que le sea posible correr. Me provocaria indudablemente en duelo, y provocándome, es muerto.

— ¡Oh! no, no, exclamó la desgraciada, no lo haré, y vos sabeis bien que esta última amenaza era inútil. ¡Tener que confesar que he tenido confianza en vos, que he podido faltar por un hombre de vuestra clase! sería á la verdad el colmo de la humillacion y de la infamia... sería rebajarme á los ojos del conde mas que esas miserables locas enamoradas del primero que se presenta, sea mozo de cordel ó lacayo. Ciertamente, si yo hubiera amado, como mi marido lo cree, segun vuestra denuncia, al caballero de Alizes, sería ya bien culpable; pero este amor, en suma, tendria algo de grande, de digno de un corazón noble y honrado que se puede confesar; pero haberos amado á vos, alma de lodo, alma traidora y de ladron! — ¡Haberos amado y confesarlo!... ¡Mas vale morir cien veces!

— Eso es lo que yo presumo, respondió Fritz saludando con aire embarazado y con una risa burlona pero forzada. Os doy las gracias, señora, porque me juzgais de una manera tan benévola y sobre todo tan favorable á mis proyectos.

Madama de Puysaie estaba de pié, con las narices dilatadas por la ira, los ojos echando chispas, el gesto altanero, verdaderamente bella de desprecio é indignacion.

— ¡Hé ahí, — dijo dejando caer una despreciativa mirada sobre la frente inclinada del coronel, — hé ahí todo lo que puedo arrancar de él! una baja y trivial ironía. Es de la raza de las serpientes. Cualquiera cosa que haga, no puede menos de arrastrarse en el polvo. Es posible permanecer atrevido, fuerte y viril aun en la infamia; pero ¡él está condenado para siempre á la vergüenza del crimen!

— ¡Cuidado! ¡cuidado, señora! replicó sordamente el coronel, que no responda de otro modo que lo he hecho, si me obligais á ello. Vuestros humos de altivez y de desden no me imponen. Por fortuna para vos, ocultan tan torpemente la conviccion de vuestra debilidad, que, lejos de irritarme,

me dan lástima. Pero, no pongais el colmo al odio de mi alma desbordada, sin lo cual os haria pedazos como á un vidrio; yo os atormentaré á mis anchas en la persona de vuestra Cipriana, en la de M. de Puysaie. No habrá un rincón en vuestro corazón donde no sepa ó donde no pueda herir.

Se detuvo, y volviendo á tomar su tono habitualmente irónico:

— ¡Serpiente, decidis! ¡Pues bien, sí! lo seré si es necesario. ¡Oh! ¡no sabeis cuánto os aborrezco á todos! Este odio no trato de justificarlo. Bueno ó malo, soy así, y no puedo ser de otro modo. Con hiel me amamantó mi madre, sin duda. He sido cuando joven, como cualquier otro, bello quizás, — al menos muchas bocas que no eran vulgares me lo han dicho, — rico en mis horas; ¡pues bien! os juro que no ha habido un instante en medio de mis mayores prosperidades, en que no haya envidiado á alguno ó alguna cosa. ¡Centenares de miles de francos, una condesa por querida, un título de duque y de par! No es bastante. ¡Tengo el alma de un César Borgia! ¡Oh! ¿por qué no nací en una de esas épocas en que la energía, la implacable voluntad eran la única fuerza, y en que se labraba un trono con la espada de un bandido? ¡Entonces hubiera sido grande y me hubiérais admirado, me hubiérais amado!

Yo no acuso á la sociedad tal cual está establecida: sería una necedad; me aprovecho de ella. Solamente os aseguro que las almas como la mía se ahogan en ella. Teníamos quizás en nosotros el resorte necesario para ejecutar nobles empresas. ¡Nacimos conquistadores y ella nos hace aventureros!... De viva fuerza nos transforma en peligro. Ensayad la manera de comprimir el vapor en vuestras calderas de fundición sin dejarle ninguna válvula; por espesa que sea la cubierta, estallará como una bola de espuma de jabón, y el trabajador de bronce hará un cocido sangriento de sus domadores de carne y hueso. ¡Pues bien! en cuanto á mí, siento algo que me bulle en el corazón y en el cerebro, que no puede encontrar salida, y ¡pardiez! el día en que ese algo desconocido encuentre una salida, os doy mi palabra que se hablará de mí en el mundo.

Vamos, de buena fé, ¿qué queriais que fuera yo con el alma de un Catilina en el cuerpo de un pobre petate? ¿La ambición de un Sesostris en la mollera de un mancebo de comercio ó de un aspirante á ugier? ¿Los deseos inauditos de un Sardanápalo y botas agujereadas? ¿Inventar una de esas grandes fechorías que cambian en veinticuatro horas la faz del mundo? He pensado en ello. Pero el tiempo de los Brutos ya no existe; me hubieran guillotinado como á un ser vulgar. ¿Ir á buscar fortuna en países lejanos, desconocidos y nuevos? Lo habria ensayado en la bella edad de los veinte años, si hubiese poseído solamente el precio de mi viaje. Entonces, reducido á la impotencia con todas las fiebres, todos los delirios, todas las ambiciones, todos los deseos en el alma, yo me dije que nuestra sociedad era también una selva virgen; que en París, lo mismo que entre los salvajes del Nuevo Mundo, se puede crear una soberanía oculta y absoluta. Solamente, en lugar de exclamar: «¡Almas fuertes!» era menester tomar por consigna: «¡Almas

hábiles!» Es lo que yo he hecho, señora, y con tal éxito, que vos misma, aun en este mismo instante, no veiais en mí mas que un miserable estafador, un pobre diablo digno solo de comparecer ante un tribunal de la policía correccional. Por otra parte, he engañado á otras personas mas perspicaces que vos. Tengo en mis manos todo un ejército, del cual parezco yo el mas humilde soldado. Aparento servir á ese ejército, mientras que es ese mismo ejército el que me sirve. Estoy en visperas de su triunfo, es decir, en la antevíspera del mío. Y precisamente es en este momento cuando venis á atravesaros en mi camino. ¿Y esperais que no os pulverice? Si yo no estuviera seguro de hacerlo, ¿os diria así en alta voz lo que apenas me atrevo á murmurar por lo bajo entre mí mismo? Iniciada en mi secreto, preciso es que seais ú obediente ó sacrificada. Hé ahí por qué os lo revelo, á fin de que comprendais bien esta necesidad, ó que, en el caso contrario, sepais que ningun escrúpulo de debilidad ó de lástima me detendrá en el momento de poner mi talón sobre vuestra cabeza.

Así hablaba con fuego, con delirio, embriagándose con el sonido de su propia voz, con las venas hinchadas, los ojos inflamados, descabellado, sublime. ¡Oh! Nini Moustache tenia razón. Ese hombre era maravilloso, un admirable cómico.

Madama de Puysaie le escuchaba aterrada de tanta perversidad unida á una energía que suponía invencible.

Satanás, — pues que por un fenómeno común y muy conocido, la convicción del papel que representaba el coronel Fritz habia pasado á él, y se creía era el mismo Satanás, — Satanás se calló. Alguna cosa como un rayo iluminó las facciones de su rostro atormentado, y enjugando la frente como para arrojar toda idea siniestra:

— Hubo un momento, dijo, en que yo hubiera podido llegar á ser otro. Durante algunos meses, he entrevisto la aurora de la redención, y vos, Hortensia, sois quien habeis hecho brillar ante mis ojos su irradiación tranquila. En aquella época, por una sonrisa, por una mirada vuestra, habria abandonado todos mis proyectos, todos mis odios, todas mis ambiciones.

Habia encontrado al caballero de Alizes durante las tristezas de su destierro y de su amor quebrantado. Habia muerto en mis brazos y su última palabra, su último suspiro fueron para vos. Yo habia aceptado la misión de traerlos aquel último suspiro y aquella última palabra. Así es cómo os conocí, y desde la primera mirada que se cruzó entre nosotros me dije: Es menester que me ame.

Érais muy desgraciada entonces, injustamente abandonada por el conde, separada de vuestra hija; esposa, y sin embargo viuda. Vuestra confianza en el amigo del caballero hizo posible una seducción comenzada por cálculo, proseguida por amor, consumada con delirio. ¡Si, pongo por testigo al cielo! os he amado lo bastante para volver á ser bueno. Recordad en qué mar de alegría me sumergió el nacimiento de Liliás. Yo que habia odiado toda mi vida, me decia con delicias: ¡Esto es, pues, amar!...

Sin duda, tan gran dicha era sacrilega y no podia durar.

Como las hijas de los ángeles descendidas á la tierra al llamamiento ardiente de los hijos de los hombres, vos llorábais vuestra celeste patria. Me atormentábais con vuestros pesares y remordimientos; yo creía que habíais extinguido en mi corazón las últimas chispas de odio, y vos sois quien me las hicisteis conocer de nuevo, mas intensas que no las habia jamás sentido.

Sí, yo odio á vuestro marido, porque él fué el único obstáculo á vuestra obra misericordiosa; le odio porque os ha desconocido, lo que yo mismo no hago aun en este momento en que tengo la impiedad de atormentaros; le odio por todo el mal que me obliga á imponeros para atacarle á él. El remordimiento os alejaba de mí y os llevaba hácia él tal vez. Yo abría entre vosotros dos un abismo insondable. Calumnia, denuncia vil, todo me fué bueno. De las cartas que vos me escribisteis, saqué pruebas terribles contra vos y el caballero de Alizes. He hecho todo eso y no lo siento. No tengo mas que un rincón vivo en el corazón, ¡mi afecto por Liliás, mi hija!

También en esta afección me habeis herido, ¡imprudente! Liliás me ha sido arrebatada, y vos quereis ahora que yo perdona...

¡No conteis con eso! Devolveré centuplicados los sufrimientos que he padecido, y pues que vos me habeis herido con Liliás, yo os heriré con Cipriana.

Me hacen falta el nombre del conde de Puysaie, los millones del baron Matifay, todas las grandezas y todas las riquezas para coronar con ellas á mi Liliás, y las tendré... no lo dudeis.

Pero para alcanzarlas, un instrumento me era necesario. He encontrado á Cipriana, ¡tanto peor para ella!... Medio hoy, si mañana llega á ser obstáculo, está condenada, perdida.

De vos, señora, y de vos sola depende esta condenación. El huracán no desgarrará la yerba que cede, tronza la encina que resiste. Si hoy os queda todavía un recurso contra el destino, estad segura que está concebido entero en esta sola palabra: obediencia.

Con estas últimas palabras, cierto de su triunfo, el coronel Fritz se inclinó y salió, dejando á madama de Puysaie aterrada de lo que acababa de oír. Parecía, mientras que su tirano hablaba, que estaba encorvada bajo el peso de alguna horrible pesadilla. Solamente cuando hubo salido respiró; pero fué ¡ay! para volver á caer en una ansiedad aun mas profunda.

¿Cuál era esa condenación con que se amenazaba á su hija Cipriana, en caso de rebelión? Lo ignoraba; pero sabia que el coronel era bastante poco escrupuloso sobre los medios, para que ella no tuviera que temer todo de su parte, hasta un crimen.

¿Qué socorros invocar? ¿á qué abnegación habria que acudir para contrarrestar esos perversos propósitos del coronel Fritz? ¿A M. de Puysaie? ¡Ay! ¿qué podria ese pobre ser débil contra tan rudo adversario? Ponerlos cara á cara, ¿no era hacer inevitable una nueva y mas terrible catástrofe?

Así, por todas partes abismos: la salvación en ninguna parte. Un solo rayo de esperanza: ¡la obediencia á su tirano desconocido!

XVIII

EL CIELO VUELVE A CERRARSE.

(EL CUADERNO AZUL.)

Hace ya mas de una semana que, excepto en las horas de comer, no veo ya ni á mi madre ni á mi padre. M. de Puysaie aparecía apenas en el comedor, y no pronunciaba una sola palabra. Mi madre, por su parte, estaba mas triste que nunca. Solo el coronel Fritz parecia siempre el mismo.

Evidentemente se acercaba el instante en que iban á pedirme una contestación definitiva. Y yo no he vuelto á tener noticias de M. de la Cruz, desde el día en que, por primera vez, y quizás por la última de mi vida, le hablé en el invernadero de la señora condesa de Monte-Cristo...

¿Me habrá abandonado él también?

Esta mañana ha venido Florencio, como la primera vez, á advertirme que mi padre me esperaba; temblando, como puedes creerlo, le he seguido. ¿Qué iba yo á decidir y responder?... lo ignoraba todavía. Me sentía tan profundamente inerte y quebrantada que tenía deseo de gritar al entrar:

— Aquí estoy, haced de mí lo que querais.

Mi madre estaba allí con M. de Puysaie. — A ella fué á quien se dirigió primero:

— Toda vacilación mas larga es imposible. No lo ignorais, señora, es menester tomar hoy un partido, sea el que quiera. Sabeis que en vuestras manos y en las de Cipriana he puesto la resolución de nuestro destino común. Consultaos las dos, y dictad la respuesta que he de dar al baron de Matifay.

Mi madre habia intercedido en mi favor; la obstinación de su marido estaba vencida, yo estaba salvada...

— ¡Oh! ¡madre mía! exclamé.

Pero ella me detuvo con un gesto:

— Esperad, Cipriana.

Tenía ella pena en hablar. La emoción la ahogaba. Mi padre, con los codos apoyados sobre una mesa, nos miraba á ambas en silencio.

— Hija, continuó mi madre, vos creéis en mi amor, ¿no es verdad?... Sabeis que por vos daria voluntariamente la vida.

— ¡Oh! ¡sí!...

— Y teneis confianza en mí, y no dudais que la resolución que os conjuro que tomeis, no sea la mejor.

Todas estas protestas, estas vacilaciones, me confirmaron que mi desgracia estaba consumada. Quise responder to-